

CAPÍTULO VI

El señor Champagnat funda el Instituto de los Hermanos de María. Vocación de los primeros discípulos. Reglamento que les dio

Los trabajos de su ministerio sacerdotal y los frutos de salvación que conseguía en las almas, no habían logrado quitar del pensamiento del señor Champagnat el proyecto de fundación de los Hermanos. La idea lo obsesionaba a todas horas: en medio de las más absorbentes ocupaciones, en sus correrías y en las visitas a la gente del campo, que encontró sumida en la más crasa ignorancia, en las catequesis que daba a los niños, en su oración y hasta en el altar durante el augusto sacrificio de la misa. En sus coloquios con Dios no cesaba de confiarle su proyecto. Le decía a menudo: “Aquí me tienes, Señor, para hacer tu santa voluntad.”¹ Otras veces, por miedo de ser víctima de alguna ilusión, exclamaba: “Dios mío, si esta idea no procede de ti y no va a redundar en tu gloria y en la salvación de las almas, apártala de mí.”²

Esta incertidumbre, consecuencia de su profunda humildad, no le impidió comenzar su proyecto. Desde el primer día³ de su llegada a Lavalla, se había fijado en un joven para convertirlo en el primer miembro de la Sociedad que pensaba fundar. Este muchacho vino una noche a buscarlo para que fuera a confesar a un enfermo. El señor Champagnat aprovechó la oportunidad para hablarle de Dios y de la fugacidad de las cosas terrenas con el fin de animarlo a la práctica de la virtud y sondear sus disposiciones respecto al estado de vida que pensaba seguir. Quedó tan entusiasmado de sus respuestas y de los excelentes sentimientos que lo animaban, que a la mañana siguiente se presentó en su casa⁴ y le llevó *el Manual del cristiano*⁵.

Como Juan María Granjon –era el nombre del joven– rehusara aceptarlo, alegando que no sabía leer, le dijo el señor Champagnat: “Aún así, tómalo. Te servirá de método de lectura y, si te parece, yo mismo te enseñaré a leer.” Poco después lo invitó a que viniera a residir a Lavalla para tener oportunidad de seguirlo de cerca y darle lecciones con mayor asiduidad. Juan María Granjon vino, pues, a vivir cerca de la iglesia y, bajo la dirección del señor Champagnat, no sólo aprendió a leer y escribir, sino que pronto se convirtió en modelo de piedad y virtud para toda la parroquia.

Así estaban las cosas cuando un acontecimiento, sin duda providencial, vino a acabar con las vacilaciones del señor Champagnat y a decidirlo a no dilatar por más tiempo la fundación de los Hermanos.

Un día lo llamaron para confesar a un niño enfermo⁶ y, según su costumbre, se puso inmediatamente en camino. Antes de confesar al muchacho, le hizo algunas preguntas para saber si tenía las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos. ¡Cuál no fue su sorpresa al comprobar que ignoraba los principales misterios y que ni siquiera tenía noción de la existencia de Dios! Profundamente afligido al encontrar a un niño de doce años⁷ en tan absoluta ignorancia, y asustado al verlo morir en esta situación, se sentó a su lado para enseñarle las verdades y los misterios fundamentales de la salvación. Dos horas empleó en instruirlo y confesarlo y sólo con gran esfuerzo consiguió enseñarle lo indispensable, pues el niño estaba tan enfermo que apenas comprendía lo que le estaba diciendo. Después de confesarlo y haberle sugerido actos de amor de Dios y contrición para disponerlo a bien morir, lo dejó para atender a otro enfermo que se hallaba en la casa vecina. Al salir, quiso saber cómo se encontraba el muchacho. “Falleció poco después de dejarlo usted”, dijeron sus padres sollozando.

Un sentimiento de alegría por haber llegado tan oportunamente se mezcló en su alma con otro de temor al comprobar el peligro que había corrido el pobre chico al que acababa de librar quizá de condenarse. Regresó embebido en estos pensamientos y repitiendo en su interior: “¡Cuántos niños se encontrarán a diario en la misma situación

y correrán los mismos riesgos por no tener a nadie que les enseñe las verdades de la fe!” Y la idea de fundar una Sociedad de Hermanos, dedicados a impedir este peligro por medio de la educación cristiana, se hizo en él tan obsesiva que fue a buscar a Juan María Granjon y le expuso sus planes. Después de ponderarle el bien que el proyectado Instituto estaba destinado a realizar, le preguntó si estaría dispuesto a formar parte de él para dedicarse a la educación de los niños. El joven, que le había seguido con suma atención, le respondió: “Estoy en sus manos. Haga de mí lo que quiera. Me consideraré inmensamente feliz de poder consagrar mis fuerzas y salud e incluso la vida a la instrucción cristiana de los niños, si considera que sirvo para eso.” Encantado y edificado por esta respuesta, el señor Champagnat le dijo: “¡Animo! Dios te bendecirá y la Santísima Virgen te enviará compañeros.” La promesa no tardó en cumplirse, y el sábado⁸ de la misma semana vino otro muchacho a compartir la misma vida.

Juan Bautista Audras⁹, muchacho de inocencia y pureza angelicales, se encuentra un día con el libro *Piénsalo bien* y lo lee con avidez. La lectura le llena los ojos de lágrimas y decide salvar su alma a toda costa. Con estos sentimientos se arrodilla y pide a Dios que le inspire lo que debe hacer para servirle perfectamente. Al levantarse, está decidido a abandonar el mundo y entrar en la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Después de madurar esa resolución durante unos días se la comunica a sus padres, que no le hacen caso y toman sus deseos como una veleidad infantil¹⁰. Transcurrieron varios meses y su decisión de abrazar el estado religioso se iba consolidando. Un domingo salió de casa muy temprano y se fue a oír misa a la parroquia de San Pedro de Saint-Chamond. Luego se dirige a casa de los Hermanos¹¹ y pide hablar con el Hermano Director, le comunica su proyecto y le ruega que le ayude a realizarlo escribiendo al Superior General del Instituto. El Hermano Director, conmovido por tan magnífica disposición, lo anima en su deseo, pero le dice que aún es demasiado joven para ser admitido en el noviciado¹². Lo invita a encomendar a Dios su vocación y consultar al confesor asunto de tal trascendencia. Las palabras del buen Hermano lo dejaron poco satisfecho. Si por un lado se vio colmado de gozo al ver confirmado su propósito de abandonar el mundo y recibir la promesa de ser admitido en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, por otro se sintió apenado al verse obligado a tener que esperar aún algún tiempo.

Sin embargo, la docilidad en seguir cuanto se le indicaba le obtuvo la gracia de realizar su deseo antes de lo que pensaba. Al sábado siguiente fue a confesarse con el señor Champagnat y le dio a conocer sus sentimientos y el trámite llevado a cabo a espaldas de sus padres para ingresar en los Hermanos, así como el resultado obtenido. Después de haberlo escuchado y de haber examinado los motivos de su vocación, el señor Champagnat creyó ver en él la segunda piedra del edificio que se proponía levantar. En realidad fue la primera, pues veremos más adelante que el otro joven no perseveró. Sin embargo, no creyó oportuno darle a conocer entonces sus intenciones. Se contentó con animarlo a perseverar en su propósito de hacerse Hermano e invitarlo a orar fervorosamente para conocer los designios de Dios sobre él. Habiendo observado que el joven Audras lo escuchaba con gran atención, se recogió un instante para discernir ante Dios lo que debía aconsejarle. En ese momento sintió como una voz interior que le decía: “He preparado este chico, te lo envío para que hagas de él el cimiento de la Sociedad que debes fundar.” Entonces, conteniendo la profunda emoción que esa voz o inspiración interior le había producido, se vuelve hacia el muchacho y le propone venir a vivir con Granjon. Y para animarlo, se ofrece a darle lecciones y ayudarlo a entrar en el estado religioso.

Juan Bautista Audras comunicó a sus padres el ofrecimiento que le habían hecho. Ellos no vieron ningún inconveniente, ya que consideraron las propuestas del coadjutor como una prueba de afecto para con su hijo, y como un modo barato de instruirlo. Poco después, el señor Champagnat desveló por completo todos sus proyectos al nuevo discípulo y le preguntó si estaba dispuesto a ingresar en el nuevo Instituto. El joven

postulante, una de cuyas cualidades era la total docilidad a su director espiritual, le respondió: “Desde que tengo la dicha de estar bajo su dirección, sólo pido a Dios una virtud, a saber, la obediencia y la gracia de renunciar a mi propio criterio. Así pues, haga de mí lo que quiera, con tal de que yo llegue a ser religioso.”

¡Hermosa virtud y magnífica disposición que le conquistaron el corazón y el afecto de su padre espiritual, le merecieron las bendiciones de Dios y le alcanzaron, como veremos más adelante, la perseverancia en su vocación!

* * *

El señor Champagnat, viendo a ambos jóvenes con tan excelentes disposiciones, creyó llegado el momento de dar comienzo a su obra. Pero, ¿dónde encontrar un local adecuado para albergar a sus dos discípulos? Próxima a la casa parroquial se hallaba en venta una casita¹³. No titubeó en comprarla, aunque no disponía de dinero. Esa casa le convenía por dos razones: estaba cerca de la casa parroquial, con lo cual podía dirigir y formar a los jóvenes sin largos desplazamientos, y su precio era muy módico. Por eso la adquirió, junto con un huertecillo y terreno adjuntos, por la cantidad de mil seiscientos francos, que pidió prestados.

Firmado el contrato, se puso él mismo a limpiar y acondicionar la casita y colocó en ella los muebles más indispensables. Con sus propias manos fabricó dos camas de madera para los dos Hermanos, y una mesita de comedor. Luego trajo a sus dos discípulos a la casita, que se convirtió en la cuna de los Hermanitos de María. La pobreza más estricta se respiraba por doquier. Pero también eran pobres el establo de Belén y la casita de Nazaret. Y los hijos de María debían tratar de imitar a su Madre y llevar desde su nacimiento el sello de su pobreza y humildad.

Era el 2 de enero de 1817 cuando los dos novicios tomaron posesión de la casa, constituyeron comunidad y pusieron los cimientos del Instituto de los Hermanitos de María.

Distribuían el tiempo entre la oración, el trabajo manual y el estudio. Los ejercicios de piedad fueron al principio pocos y muy breves: oración de la mañana, misa, lecturas cortas, tomadas del *Manual del Cristiano* o del *Libro de Oro*¹⁴, distribuidas a lo largo del día; rosario, visita al Santísimo Sacramento¹⁵ y oración de la noche. La ocupación manual consistía en fabricar clavos¹⁶. El producto de ese trabajo era suficiente para el sustento. El señor Champagnat, que los quería como a hijos, los visitaba a menudo, trabajaba a veces con ellos, los animaba y les daba clases de lectura y escritura. Los orientaba y les comunicaba los planes y proyectos que abrigaba para gloria de Dios y salvación de las almas. Los dos novicios correspondían a sus desvelos con gran fidelidad. Pasaron el invierno solos, en paz y fervor, y practicando todas las virtudes. En primavera, Dios les envió un nuevo Hermano, Antonio Couturier¹⁷, joven bueno y piadoso, pero sin instrucción alguna, que pidió ingresar en la nueva comunidad. Fue admitido y, con el tiempo, llegó a ser el excelente y virtuoso hermano Antonio, fallecido en Ampuis el 6 de marzo de 1850, después de haber dedicado sus fuerzas y su salud a la educación de los niños y haber sido siempre modelo de regularidad, humildad, obediencia, paciencia y amor a la vocación.¹⁸

Los padres de Juan Bautista Audras, que ni conocían las intenciones del señor Champagnat ni las disposiciones de su hijo, le instaron para que volviera a casa. Pero el piadoso novicio, fuertemente arraigado en su vocación, se resistió con energía y le suplicó insistentemente que le dejaran seguir el camino emprendido y en el que tan contento se hallaba. No le hicieron caso. Y para no darle ocasión a que continuara insistiendo, le enviaron orden formal de volver a casa, por medio de uno de sus hermanos, mayor que él. Cuando su hermano le manifestó la voluntad de sus padres, Juan Bautista quedó aterrado. Sin embargo, después de unos momentos de reflexión, fue a buscar al señor Champagnat y le dijo entre sollozos: “Mi hermano ha venido para

llevarme a casa, pero yo no quiero volver. Hágaselo comprender a mis padres y que me dejen en paz.” El señor Champagnat lo anima, lo tranquiliza y va a ver a su hermano que esperaba en la puerta. Se le acerca sonriente y le dice con aquel tono resuelto que le era habitual:

- ¿Así que has venido para llevarte a tu hermano?
- Pues sí, así es, señor cura. Mis padres me han enviado para llevarlo a casa.
- En vez de seguir los deseos de tus padres, ¿no te parece que sería mejor pedirles permiso para venirme tú también aquí?
- Y ¿qué iba a hacer conmigo, señor cura?
- Un buen Hermano, un buen religioso.
- Déjese de bromas. Soy demasiado torpe para religioso. Sólo sirvo para labrar la tierra.
- Vamos, vamos, no te rebajes tanto. No es poco valer para labrar la tierra. Anda, vente con nosotros y verás cómo consigo hacer de ti algo grande.
- Que no, señor cura. Yo no tengo madera de religioso: soy demasiado malo.
- No lo creo. Te conozco, y no eres tan mala persona. Eres buen chico. Si vienes, te aseguro que harás bien y no te arrepentirás.
- Casi me está usted convenciendo... Pero cuando sepan en mi pueblo que quiero hacerme Hermano, se van a reír de mí.
- Deja a la gente que se reía. Dios te bendicirá, serás feliz y salvarás tu alma. ¿Qué más quieres? Vete y di a tus padres que quieres venirme con tu hermano. Te espero esta misma semana.

El joven habló con sus padres, los convenció fácilmente y obtuvo para él y para su hermano permiso para seguir su vocación.

Unos días después¹⁹ ingresó en el noviciado con el nombre de Hermano Lorenzo²⁰, y fue el cuarto miembro del Instituto. A lo largo de esta historia tendremos repetidas ocasiones de hablar de él y ponderar su sencillez, profunda humildad, piedad y celo por la educación cristiana de los niños. Su hermano Juan Bautista, que tenía especial devoción a san Luis Gonzaga, tomó el nombre de Hermano Luis²¹, y Granjon, el de Hermano Juan María. Por la misma época, Bartolomé Badard, de unos quince o dieciséis años de edad, fue también admitido en el noviciado, y con el nombre de Hermano Bartolomé²², llegó a ser un religioso ejemplar.

* * *

El señor Champagnat no se había olvidado del pequeño Gabriel Rivat, que desde niño asistía a la catequesis. La piedad e inteligencia que había descubierto en él, lo indujeron a dedicarle cuidados especiales. Por entonces lo admitió a hacer la primera comunión²³, aunque sólo tenía diez años. Con la intención de atraerlo a la naciente congregación, propuso a sus padres que viniera con los Hermanos para educarse con ellos y les prometió darle él mismo clases de latín. Así pues, el niño vino al noviciado²⁴ y recibió algunas lecciones de latín. Poco después²⁵, a instancias del señor Champagnat, se vinculó al Instituto con el nombre de Hermano Francisco. Su madre vio complacida la opción que había hecho. En diversas ocasiones había dicho al señor Champagnat: “Mi hijo pertenece a la Santísima Virgen, a quien se lo entregué y consagré muchas veces²⁶. Lo pongo en sus manos²⁷, haga de él lo que quiera.”

El niño, demasiado joven aún para tener criterios propios sobre vocación, pero sumamente dócil y obediente, siguió las orientaciones de su experto director, a quien, con razón, consideraba como intérprete de la voluntad divina sobre él. Y cuando alcanzó la madurez suficiente, nunca le asaltó la idea de replantearse su decisión primera.

En cierta ocasión, el señor párroco de Tarentaise²⁸, después de animarlo para que estudiara latín y siguiera sus clases para prepararse al sacerdocio, al comprobar que sus palabras le habían dejado insensible y que escuchaba con visible indiferencia, le dijo:

- ¿Por qué no estudias latín, como tu hermano?²⁹

- Porque yo no hago mi voluntad, le respondió el Hermanito, sino la de Dios, manifestada por medio de mi superior.

El párroco, impresionado por esta respuesta, enmudeció y en toda la noche no pudo alejar de su mente aquellas palabras: "No hago mi voluntad, sino la de Dios." A la mañana siguiente, dijo al Hermano Luis: "El Hermano Francisco no me ha dejado dormir en toda la noche. Tiene sentimientos sublimes. Si, como no dudo, los conserva, alcanzará la bendición de Dios y será instrumento apto para procurar su gloria."

Admirable, en verdad, la conducta del Hermano Francisco. Y quienes, como él, han tenido la dicha de ser llamados de jovencitos a la vida religiosa, nada mejor pueden hacer que seguir su ejemplo cuando lleguen a la edad de las pasiones y el demonio suscite en ellos dudas sobre su vocación. Entonces deben recordar que, cuando Dios concede a un niño, incapaz de razonar, la gracia de abandonar el mundo, no habla a la inteligencia y a la razón, sino al corazón. Él vuelve el corazón dócil a los consejos de un prudente director, del padre, de la madre o de un amigo. Le otorga gusto por la oración, inclinación por la vida religiosa y la gracia de emprender el camino que le ha mostrado. Este modo de llamar a la vida religiosa es una prueba de misericordia, ya que preserva al niño de infinidad de faltas y lo pone a salvo de los peligros del mundo donde su virtud correría el riesgo de naufragar. Está vocación es tanto más auténtica cuanto que en ella no han intervenido ni el capricho ni las motivaciones humanas. Luego, cuando se ha alcanzado la madurez, uno de los lazos más peligrosos del demonio es hacer creer al joven que abrazó la vida religiosa sin ser consciente de lo que hacía, sin saber qué compromisos iba a contraer y, por consiguiente, sin vocación. Sofisma que sólo el demonio y las pasiones pueden inspirar. Al llamar a los apóstoles, Jesucristo no les dijo: "Reflexionad y luego seguidme." No. Les dice sencillamente: *Seguidme*. La gracia que conmueve el corazón y lo arrastra hacia el bien no es menos excelente que la que ilumina la inteligencia. Y la vocación procede siempre de Dios, lo mismo cuando nos llama por el sentimiento o el atractivo, que cuando nos cautiva por la inteligencia, esto es, por la luz, el raciocinio o el discernimiento.

* * *

El señor Champagnat, al ver cómo aumentaba el número de sus discípulos, pensó establecer un modo de vida más reglamentado y más acorde con la vida comunitaria. Como no le era posible estar siempre con ellos, y por otro lado sentía la necesidad de no abandonarlos a su suerte, quiso darles un director que estuviera al frente, los orientase, velase por el cumplimiento del reglamento y amonestara a quienes lo quebrantasen o incurrieran en otras faltas. Para hacerles más llevadera la obediencia y más fácil la sumisión, quiso que ellos mismos eligieran al director. Les propuso, pues, que fuera elegido en votación secreta. Cuando todos hubieron escrito y entregado su papeleta, procedió al escrutinio en su presencia y nombró director al que había obtenido mayor número votos, que fue el más antiguo, es decir, el Hermano Juan María.

Les impuso también, después de algunas pruebas, un traje sencillo y modesto³⁰, que, al mismo tiempo que los diferenciaba de los seglares, servía de distintivo a la congregación, la daba a conocer y favorecía las vocaciones. Este traje³¹ consistía en una especie de levita azul que llegaba hasta las pantorrillas, pantalón negro, una pequeña capa y sombrero de ala. Escogió el azul para recordar a los Hermanos que eran hijos de María, y que, al llevar su hábito y color, debían trabajar continuamente en conformar su vida con la de ella imitando sus virtudes.

El reglamento de la reducida comunidad se modificó y perfeccionó y se introdujeron las principales prácticas de la vida religiosa. A las cinco, levantarse; en comunidad, oración de la mañana, seguida de media hora de meditación. Después, santa misa, horas menores del oficio de la Santísima Virgen y estudio. A las siete, desayuno, y, a continuación, cada cual, en silencio, iba a su ocupación, que era, para la mayoría, el trabajo manual. A las doce, almuerzo, seguido de la visita al Santísimo Sacramento y recreo. Lo tomaban siempre juntos; la conversación debía versar siempre sobre temas edificantes o encaminados a formar a los Hermanos en los conocimientos necesarios a su vocación. La tarde, como la mañana, se ocupaba en el trabajo manual. Hacia las seis, se reunía la comunidad para el rezo de vísperas, completas, maitines y laudes del oficio mariano y rosario. Después, lectura espiritual. Concluidos estos ejercicios, los Hermanos pasaban a la cocina para cenar. Tomaban luego el recreo, al igual que después de la comida, y terminaban con la oración vespertina y la lectura del tema de meditación para el día siguiente. A las nueve se acostaban.

Los viernes, después de la meditación, hacían el capítulo de culpas³². El Hermano Director era el primero en hacerlo y luego los demás, por orden de veteranía.

Para favorecer el recogimiento y la piedad de los Hermanos, habían escogido y acondicionado una salita que sirviera de oratorio³³. El mismo señor Champagnat la arregló y encaló y colocó en ella un altarcito. Pero, dada la pobreza de la comunidad, no podían comprar lo necesario para dotar el altar y lo pidieron prestado en la iglesia parroquial. Ante este altar, a los pies de María, los Hermanos hacían sus ejercicios de piedad, lectura espiritual, manifestaban sus faltas, recibían el hábito del Instituto y más tarde firmaron de rodillas sus primeros compromisos³⁴.

Al principio era el Hermano Director quien dirigía la oración y hacía siempre las lecturas. Luego lo hicieron todos los Hermanos por turno, siguiendo orden de antigüedad. Leían, también por turno, durante las comidas y cocinaban por semanas. La comida no era complicada y se hacía pronto. Sopa, leche, legumbres y agua por toda bebida era la alimentación habitual de la comunidad. Esta dieta tan frugal se preparaba en poco tiempo; por eso, el encargado de la cocina seguía casi todos los ejercicios comunitarios.

Todo en la casita de los Hermanos estaba en consonancia con este régimen pobre y sencillo. Para dormir, un jergón y una almohada rellenos de paja o de hojas, sábanas de tela basta y una o dos mantas de parecida calidad.

* * *

La comunidad, así organizada, adquirió un nuevo aspecto. El silencio y recogimiento, la piedad y modestia de los Hermanos, la unión y caridad que reinaban entre ellos recordaban y reproducían la vida de los primeros cristianos³⁵. El Hermano Director se hizo acreedor de la confianza que en él habían depositado. Cumplía su deber con prudencia, celo, mansedumbre y firmeza. Siempre al frente de los Hermanos, era el primero en todo y daba ejemplo de puntualidad, piedad y de las demás virtudes religiosas. Semanalmente dirigía a los Hermanos una plática acerca de los deberes de su santo estado o del modo de combatir los vicios, especialmente la pasión dominante, y la forma de practicar la virtud. Sus instrucciones, preparadas con todo esmero, eran enérgicas, generalmente presentadas con ardor, pero siempre sencillas y muy prácticas. Todos los Hermanos lo escuchaban con suma atención y se entregaban con ahínco a la práctica de la virtud y a corregir sus defectos. Por otra parte, aunque el Hermano Director era bondadoso, no los halagaba y, cuando se desviaban de su deber, no dudaba en imponerles con caridad y prudencia correcciones adecuadas a las faltas cometidas. Además del Hermano Director, cada uno escogía a otro Hermano para que lo advirtiera de sus defectos. Todos ejercían este acto de humildad y caridad con gran sencillez y franqueza. El Hermano Juan María eligió como monitor a uno de los más jóvenes y le rogó con palabras que traslucían su profunda humildad que ejerciera este acto de caridad y lo

advertiera cuidadosamente cuantas veces observara que se apartaba de su obligación. Al cabo de cierto tiempo, al ver que el joven Hermano no le reprendía según su deseo, le pidió permiso para cambiar de monitor.

El señor Champagnat visitaba a menudo a sus hijos y pasaba con ellos todos los momentos que tenía libres. Diariamente les daba clase de lectura. Y, con la enseñanza de la lectura, aprovechaba cuantas ocasiones le brindaba el tema de la lectura, para hacer consideraciones encaminadas a despertar en ellos el amor de Dios, la aversión al pecado y la práctica de la virtud.

Un día vino durante el recreo, y advirtiendo que su conversación era demasiado ruidosa, les dijo: “Amigos míos, vuestro recreo resulta un tanto escandaloso. Se parece bastante a las diversiones de la gente del mundo. Si queréis ser religiosos, tenéis que distraeros y actuar en todo y siempre como religiosos. Los Hermanitos de María deben aplicarse a imitar a su Madre en todas sus acciones. Ahora bien, la Santísima Virgen siempre se mantenía modesta y recogida, incluso en los esparcimientos normales.” Esta corrección paternal surtió pleno efecto. Los Hermanos, que acababan de abandonar el mundo y no comprendían muy bien qué falta podría haber en lo que les reprochaba, recibieron humildes y agradecidos la advertencia. Se cuidaron tanto en lo sucesivo que no volvió a tener necesidad de llamarles la atención.

El ambiente era admirable, lo mismo que la buena voluntad y la exactitud en observar el reglamento. Todos colaboraban gustosamente por amor de Dios y deseo de adelantar en la virtud.

Sólo en un pequeño detalle encontraban dificultad y era para ellos motivo de pesadumbre cuando lo quebrantaban: la hora de levantarse. Tan pobres eran que ni tenían dinero para comprar un despertador. Por eso, unas veces se levantaban demasiado temprano y otras, demasiado tarde. Comunicaron al señor Champagnat esta dificultad. Para solucionar este problema, hizo instalar una campanilla en la casa y por medio de un alambre de unos cien metros –distancia que separaba la vivienda de los Hermanos de la casa parroquial–, que llegaba hasta su habitación, la tocaba, a las cinco en punto, para despertarlos.



¹ Sal 39, 9; Hb 10, 9.

² Tuvo certeza moral de la necesidad de fundar la Sociedad de los Hermanos y, con motivo de su dimisión, en 1837 (OME, doc. 152, pág. 339), recordará que había recibido de los demás futuros maristas la misión de encargarse de la rama de los Hermanos.

³ Por segunda vez utiliza el autor la expresión “primer día”. (cfr. nota 14 del cap. IV).

⁴ El Padre Bourdin dice a este respecto: “El primer domingo de octubre, él (Hermano Juan María) –muy buena persona– vino a buscarlo para atender a un enfermo de La Rive (aldea de Lavalla); allí lo conoció” (OME, doc. 166 [1], página 437). También LPC 2, pág. 300.

⁵ Sal 39, 9; Hb 10, 9.

⁶ Juan Bautista Montagne, que vivía en Les Palais, más allá de Bessat (OM, 4, pág. 220).

⁷ El Hermano Francisco, en una conferencia, alude al joven moribundo, cuya muerte va a decidir al Padre Champagnat; pero le atribuye la edad 17 años. Este adolescente, Juan Bautista Montagne, nació el 20 de floreal del año 8 (= 10 de mayo de 1800) y murió el 28 de octubre de 1816. Tenía, pues, 16 años y medio (cfr. Registro de la catolicidad de Lavalla).

⁸ El primer sábado siguiente al 28 de octubre de 1816 fue el 2 de noviembre.

⁹ LPC 2, págs. 339-340 y CM II, págs. 25-54

¹⁰ Nacido el 2 de mesidor del año 10 (= 21 de junio de 1802). Tiene por entonces 14 años y medio (OM 4, pág. 189).

¹¹ El cardenal Fesh va a convertir a Lyon en el centro principal de estos Hermanos. Abre escuelas en la comarca. Por eso se hallan en Saint-Chamond desde 1896 (RLF, pág. 9).

¹² En los comienzos no se determina nada respecto a la edad. Los prospectos de 1824 (OME, doc 28 (3), pág. 88), como también la *Regla de 1837*, capítulo I, art. 4, pág. 10 (AFM, 0132. 0102), establecen de “quince a treinta años”.

- ¹³ Era propiedad del señor Bonner, fabricante de sillas para la iglesia. Pueden consultarse los dos contratos de compra, OME, docs. 16 y 17.
- ¹⁴ *Libro de oro o la Humildad práctica*, por Dom de Santa Catalina.
- ¹⁵ Tenía lugar en la iglesia, ya que sólo a partir de 1820 dispusieron los Hermanos de capilla, situada encima del cuarto del Padre Champagnat.
- ¹⁶ Esta industria estaba a la sazón muy en boga en la región. Las ciudades industriales del valle del Gier, del Ondaine y del Turan podían alimentar toda una industria subsidiaria en la zona rural de los alrededores. La industria metalúrgica suministraba las varillas de hierro que los campesinos-artesanos transformaban en clavos. Era una forma de ganar algún dinero sin salir de casa durante el invierno. Esta artesanía podía también amoldarse a la vida comunitaria. En casi todas las granjas de Lavalla se encontraba la piedra para hacer clavos, como la que se conserva en el cuarto del Padre Champagnat en Lavalla (cfr. JEAN-PAUL BRAVARD, *El Ondaine, valle del hierro*, pág. 58. Éd. Le Hénaff, 1981. Y también, A. BALKO, "La fabricación de clavos", en FMS, 1976, n.º 19, pág. 244).
- ¹⁷ Escribe el Hermano Lorenzo: "Mi hermano fue el segundo; y yo, el tercero; Couturier (el Hermano Antonio), el cuarto" (OME, doc. 167, pág. 453).
- ¹⁸ En primavera de 1817.
- ¹⁹ Juan Claudio trabajará en la granja familiar hasta el invierno. Se inscribe en el noviciado el 24 de noviembre de 1817 (AFM, "Libro de ingresos").
- ²⁰ LPC 2, págs. 316-321.
- ²¹ Los primeros Hermanos conservaban ordinariamente su nombre de pila. Algunos eligen otro: el Hermano Luis por devoción a san Luis Gonzaga, el Hermano Francisco en recuerdo de su madre, Francisca.
- ²² El Hermano Bartolomé nació el 24.4.1804. Ingresó el 2 de mayo de 1818 con 14 años (LPC 2 pág. 71) Cfr. nota 13 del cap. V).
- ²³ Nacido el sábado, 12 de marzo de 1808, hizo la primera comunión el 19 de abril de 1818, a los diez años (cfr. Cuaderno de notas del Hermano Francisco, pág. 48). La edad normal sería la de 13 años (AFM, 146.003).
- ²⁴ El 6 de mayo de 1818 (LPC 2, pág. 226).
- ²⁵ El 8 de septiembre de 1819 (LPC 2, pág. 226).
- ²⁶ Especialmente en Valfleury, cerca de Saint-Chamond, cuando Gabriel tenía cinco años. Fue admitido en la cofradía de Nuestra Señora Auxiliadora (AFM, Hermano Francisco, libreta de notas n.º 1, pág. 48).
- ²⁷ En una nota personal, el Hermano Francisco escribió: "Ofrecido a María por mi madre a los pies del altar de la capilla del Rosario en la iglesia de Lavalla" (AFM, libreta de notas n.º 1, pág. 48).
- ²⁸ Francisco Préher, llegado a Tarentaise en mayo de 1816, había abierto de nuevo la escuela clerical que existía antes de la Revolución. El señor Courbon, Vicario general, había seguido en ella sus primeros estudios (LPC 2, página 149).
- ²⁹ Juan Antonio, hermano del Hermano Francisco, nacido el día de Navidad de 1793, fue movilizado a los 20 años. Luego entró en el seminario y fue ordenado de sacerdote en 1823. Coadjutor de Saint-Martin-la-Plaine, murió en Lavalla en 1830, en la casa parroquial, adonde se había retirado por motivos de salud (LPC 2, pág. 224).
- ³⁰ No se trata de la sotana, ni del hábito azul que luego será sugerido por el señor Courveille, sino de un simple traje negro. El Hermano Lorenzo (P. Zind en BI, vol. XXI, pág. 536) distingue seis fases:
1. Al comienzo, vestido seglar.
 2. En 1818, pantalón negro, levita negra.
 3. En 1824, levita azul y capa azul.
 4. En 1827, sotana negra con botones. Con motivo de los votos temporales se añadía un cordón de lana, y en la profesión perpetua, una cruz de cobre con incrustación de ébano.
 5. En 1828, sotana cosida hasta la mitad y con broches en el resto.
 6. En 1829, las medias de tela sustituyen a las de punto.
- ³¹ El Hermano Juan Bautista no distingue entre la primera indumentaria y la segunda. El primer atuendo negro se halla descrito en el informe Guillard, en la primavera de 1822 (OME, doc. 19(3), pág. 73).
- ³² El Hermano Francisco apunta en una de sus libretas de notas, núm. 8, 15.º: a las 6, capítulo de culpas; a las 6 y media, oficio.
- ³³ El Hermano Francisco recuerda los distintos lugares donde hizo el retiro anual: 1820, en la capillita del primer piso (AFM, libreta de notas n.º 1).
- ³⁴ Ver la fórmula de compromiso de 1826 en OME, doc. 52, pág. 137; y en FMS, 1978, n.º 31, págs. 412-414, y n.º 32, págs. 424-426.
- ³⁵ Hch 4, 32.

CAPÍTULO VII

Los Hermanos se hacen cargo de la escuela de Lavalla. El señor Champagnat va a vivir con ellos.
Los forma pedagógicamente y les enseña a dar la catequesis.
Los envía de dos en dos a impartirla en los caseríos

Hemos indicado más arriba que la parroquia de Lavalla estaba sin maestro¹. El señor Champagnat lo sentía y esperaba ansiosamente el momento en que los Hermanos pudieran encargarse de la clase. Pero al verlos sin suficiente preparación, se decidió a llamar a un maestro². Con ello pretendía un doble objetivo: a su juicio, se necesitaba un maestro ante todo para dar la instrucción primaria a los niños de la parroquia; pero también para perfeccionar a los Hermanos en sus conocimientos e iniciarlos en el método de enseñanza³.

En efecto, pese a su celo y abnegación, las tareas de su santo ministerio le dejaban tan poco tiempo que le resultaba imposible formar personalmente a los Hermanos, como hubiera sido su deseo.

El joven elegido satisfacía plenamente sus propósitos. Se había formado con los Hermanos de las Escuelas Cristianas y tenía preparación⁴. Pero lo más importante era que dominaba a la perfección el método simultáneo⁵, empleado en el Instituto del venerable sacerdote de La Salle, método que el señor Champagnat quería adoptar para su congregación.

El maestro vivía en comunidad con los Hermanos. Puso escuela en la misma casita, que pronto se llenó de niños. Los Hermanos lo ayudaban en las clases, lo veían actuar, lo iban imitando y captaban su metodología. Además, entre clase y clase, recibían lecciones particulares sobre distintos aspectos de la enseñanza.

Pronto estuvieron en condiciones de encargarse de las clases y así se lo hicieron saber al señor Champagnat. Éste no se lo permitió, pues quería que los primeros ensayos fueran más sencillos y se llevaran a cabo en un escenario más humilde. Los reunió un día y les dijo:

“Amigos, además de que tal vez resulte temerario creerlos capaces de llevar la escuela de Lavalla vosotros solos, no hemos de olvidar que el espíritu de humildad debe ser la característica de nuestra congregación. Por eso me parece conveniente que empecemos por algo más modesto. Y ya que queréis entregaros a la educación cristiana de los niños -que es la finalidad de vuestra vocación-, cosa que yo apruebo encantado, quisiera que dedicarais los primeros esfuerzos de vuestro celo a los niños más ignorantes y abandonados. De modo que os propongo que vayáis a dar clase a las aldeas de la parroquia.”

La propuesta fue recibida no sólo con respeto y sumisión, sino con alegría. Escogieron las aldeas de Luzernaud, Chomiol y algunas más. Los Hermanos iban por la mañana y regresaban por la tarde. Con la bendición de Dios, los primeros ensayos fueron alentadores. La buena gente del campo, entusiasmada y edificada por la abnegación, sencillez y celo de los Hermanos, manifestó su profunda satisfacción al señor Champagnat.

* * *

Pero apenas había transcurrido un año, el señor Champagnat se vio obligado a despedir al maestro por su conducta desordenada y excesivamente mundana, y confió a los Hermanos la dirección de la escuela. Encargó de esa tarea al Hermano Juan María, director de la casa, quien, con sabia y prudente firmeza, supo mantener el orden y la disciplina implantados por el maestro anterior. Como se hallaba aceptablemente

formado y poseía gran celo y abnegación, la marcha de la escuela y la educación de los niños no se resintieron con el cambio. La fama de piedad y virtud que el Hermano Juan María había adquirido en la parroquia, contribuyó poderosamente a darle ascendiente sobre los niños, y los padres vieron gustosos que tomase la dirección de la escuela⁶.

Hasta entonces, los vecinos de Lavalla apenas se habían interesado por los Hermanos. No se habían enterado de su modo de vida ni del fin que se proponían. Pero cuando advirtieron su celo y entrega a la educación de los niños; cuando fueron testigos de sus aciertos, todos unánimemente los aplaudían y elogiaban. Se incrementó considerablemente el número de niños. Llegaban diariamente desde todos los rincones de la parroquia. Los pobres eran admitidos gratuitamente⁷, y los demás pagaban sólo una módica cantidad.

El señor Champagnat, alma de la casa, que mantenía el entusiasmo, orientaba a los Hermanos y animaba a los padres a que les llevaran a sus hijos, quiso dar un nuevo impulso a la escuela. Al comprobar que no era suficiente un aula para albergar a tantos niños, abrió otra más. Esto permitió dividir a los alumnos, distribuirlos según su grado de preparación⁸, y contribuyó notablemente a acelerar sus progresos. Un asunto más grave atrajo su atención: algunos padres, al no conseguir albergar a sus hijos con los Hermanos, los colocaron entre los vecinos del pueblo, pero se echaban a perder, al quedar abandonados después de las clases. Para solucionar este asunto, el señor Champagnat hizo ampliar y acondicionar el local de la escuela, lo que permitió a los Hermanos acoger a los niños que se hallaban en las casas de la vecindad.

Llegaron también algunos niños pobres. Los recibieron con cariño y solicitud; y la comunidad, aunque sin recursos, proveyó a todas sus necesidades. El señor Champagnat, que tenía confianza sin límites en la Providencia, quiso tomar a su cargo incluso a varios niños huérfanos o abandonados. Les ofreció instrucción, sustento, vestido y los albergó en familias de confianza, siguiendo de cerca su conducta, orientándolos y haciendo para ellos las veces de padre. El primer año se ocupó de doce niños pobres⁹ a los que atendió en todo.

A alguien que censuraba su actuación y lo acusaba de sobrecargar a la comunidad, le respondió: "Siempre he oído decir que ni limosna trae pobreza, ni misa causa demora. Bien, pues vamos a comprobarlo." Luego añadió con un profundo sentimiento de fe: "Dios, que nos manda estos niños y nos da la gracia de recibirlos, nos dará también con qué alimentarlos."

La nueva organización dio mayor impulso a la escuela¹⁰. Mejoraron las clases y los adelantos fueron más rápidos. Los niños, muy disciplinados, acudían contentos a la escuela, querían a sus maestros, trabajaban a gusto, aprovechaban los buenos ejemplos y las lecciones que recibían y transmitían a sus hogares los buenos principios y prácticas de virtud que recibían.

La dirección de la casa de los Hermanos absorbía mucho tiempo al señor Champagnat, pues pasaba con ellos los recreos y los ratos que le permitían las tareas de su ministerio. Pero comprendió claramente que aquello no era suficiente, ya que los Hermanos, como religiosos y como educadores, eran unos principiantes y necesitaban continuamente su orientación y sus consejos. Mientras él no estuviera al frente de la comunidad, habría cosas que dejarían que desear. Estos motivos y más aún el gran afecto que sentía por sus Hermanos, lo determinaron a ir a vivir con ellos¹¹. Así se lo manifestó al señor cura párroco, quien no escatimó esfuerzos para disuadirlo. "¿Qué va a hacer en medio de esos jóvenes, ciertamente buenos y piadosos, pero burdos y pobres, ninguno de los cuales será capaz de atenderlo convenientemente?" Todas estas razones, por muy ciertas que fueran, no hicieron mella en el ánimo del señor Champagnat. Era consciente de que al vivir en comunidad tendría que soportar la pobreza, las privaciones y los sacrificios inherentes a la vida religiosa. Pero eso era precisamente lo que más le impulsaba a querer vivir con sus Hermanos. Sabía que ponerse al frente y

compartir su suerte, hacerse uno más, darles ejemplo y practicar el primero cuanto les decía, era el mejor medio de encariñarlos con su vocación, hacerles amar la pobreza, la vida reglamentada y demás virtudes de su santo estado. Añádase a esto que amaba a sus Hermanos como a hijos, y su corazón de padre le decía que tenía que estar en medio de ellos, vivir con ellos y como ellos, compartir su indigencia y abnegación en la educación de los niños, sometiéndose como uno más a las exigencias de la vida religiosa. Desde los comienzos se había entregado en cuerpo y alma a la obra de los Hermanos y todo lo había supeditado a ella. Suponía –y se había preparado para ello– que tendría que dedicarles sus desvelos y trabajos, y sacrificar, si fuera preciso, en aras de su obra, fuerzas, salud y vida. El caso requería toda esa abnegación para asegurar el éxito de la obra de los Hermanos: hasta ahí llegó su sacrificio.

Obtenida, pues, la autorización de dejar la casa parroquial, se estableció para siempre con los Hermanos. Trasladó de noche su escaso mobiliario para pasar inadvertido y evitar habladurías. Lo aposentaron en un cuartucho bajo e insalubre¹², que, así y todo, era el mejor de la casa. Le preparaban su frugal comida con la de los Hermanos, pero comía aparte¹³. Gran consuelo sintió al verse entre sus Hermanos, vivir con ellos y poder dedicar todo su tiempo a instruirlos y formarlos en la virtud. Como buen pastor, estaba siempre a la cabeza de su rebaño¹⁴. Trabajaba con los Hermanos, ya cultivando la tierra, ya fabricando clavos. Tomaba el recreo con ellos, visitaba las clases para animar a los niños y orientar a los maestros.

Luego daba a éstos lecciones particulares, los formaba en la vigilancia de los niños y demás aspectos educativos. Los Hermanos lo veneraban y querían como a Padre. Pero como eran sencillos y sin demasiado conocimiento de las conveniencias sociales, aunque lo trataban con profundo respeto, lo consideraban como uno más y apenas se preocupaban de tener con él las atenciones que requerían su carácter sacerdotal y su condición de superior. Baste como muestra esta anécdota: cuatro años¹⁵ vivió el señor Champagnat con ellos sin que a nadie se le ocurriera hacerle la cama y limpiarle la habitación. Lo hizo siempre él mismo, a pesar de sus múltiples ocupaciones, sin quejarse nunca. Hasta que en 1822, el Hermano Estanislao le pidió que le permitiera hacerle este servicio, cosa que le fue concedida con mucha dificultad.

El señor Champagnat no pretendía asumir la dirección de la casa al ponerse al frente de su reducida comunidad. Ya que, además de impedírsele las tareas de su ministerio, estaba convencido de que no le correspondía a él esa misión, sino al Hermano Director. Le confió, pues, todos los asuntos, respetando al máximo su libertad de acción. Y, lejos de interferir o menguar su autoridad, puso todo el empeño en fortalecerla y acrecentarla.

Su presencia en la comunidad reanimó el celo y el fervor de todos los Hermanos. Los niños mejoraron también en piedad y buen espíritu y los padres quedaron muy satisfechos de verlo al frente de la escuela.

El señor Champagnat, sin inmiscuirse en la dirección material de la casa, sin que los Hermanos lo notaran, los seguía en los menores detalles de su comportamiento para formarlos en la virtud sólida y transformarlos en excelentes educadores de la juventud. Para conseguir este doble objetivo se esforzaba de continuo en corregir sus defectos, modelar su carácter, infundirles amor y gusto por la oración y celo por la instrucción cristiana de los niños. Les enseñaba a dar la catequesis, a mantener la disciplina, a vigilar a los niños y a modelar su corazón y su conciencia.

Al observar un día que el Hermano encargado de la vigilancia de los internos, totalmente absorto en el rezo del oficio, les prestaba escasa atención, le llamó la atención diciéndole:

- Hermano, no debe perder nunca de vista a los niños.
- Pero, Padre, si no guardo recogimiento, no puedo rezar ni sacar provecho alguno del oficio.

- Su primer deber en este caso, replicó el señor Champagnat, es velar por los niños para preservarlos del mal y conservar su inocencia. Si lo cumple, su oración será mucho más meritoria y agradable a Dios -aunque, debido a su obligación, esté algo distraído- que si, descuidando este importante deber, la hiciera atentamente. ¿Sabe qué es sacar provecho de los ejercicios de piedad? Consiste en aprender en la oración a cumplir debidamente con la obligación, practicar las virtudes propias de su estado y comportarse adecuadamente. Por eso dice acertadamente san Agustín que quien sabe orar bien sabe vivir bien. Es decir, que sabe santificar todos sus actos, cumplir con su deber por espíritu de fe y convertir cualquier trabajo en una oración continua. El provecho mayor que puede sacar usted de los ejercicios de piedad es ser fiel a su obligación, desempeñar lo más perfectamente posible la tarea que le han asignado y ser para los niños modelo de caridad, paciencia, exactitud y modestia¹⁶.

Recordaba a menudo a los Hermanos que fueran discretos y prudentes a la hora de explicar el catecismo y que se cuidaran sobre todo de determinar qué faltas son pecado mortal o venial, por temor a deformar la conciencia¹⁷ de los niños y exponerlos a ofender a Dios. En cierta ocasión llamó seriamente la atención a un Hermano que se había apartado de esa norma. “Confórmese, decía, con inspirarles gran horror al pecado y deje a Dios y al confesor juzgar la gravedad de las faltas.”

En otra ocasión, al enterarse de que un Hermano joven había hecho a los niños prohibiciones demasiado tajantes, lo mandó llamar y le dijo:

- Hermano, ¿qué ha prohibido a los niños?

- Hablar, perder el tiempo, etc.

- Pues vuelva y dígales que, aunque se les escapen unas palabras, o se aparten algo de lo que les ha prohibido, no por eso cometen pecado.

Hasta ese punto llevaba su delicadeza y temor a que los niños cayeran en peligro de obrar contra conciencia.

A menudo se hacía presente cuando los Hermanos explicaban el catecismo y luego les indicaba las deficiencias en que habían incurrido, que debían haber evitado, cómo tenían que haber actuado para ganarse la atención de los niños, ponerse a su nivel y hacerles apreciar las verdades cristianas que les transmitían. “No basta educar correctamente a los niños, decía, lo fundamental es conseguir que amen la religión. Eso es lo importante.”

En poco tiempo consiguió que varios Hermanos fueran excelentes catequistas y destacaran en este ministerio más de lo que se podía esperar.

* * *

Para entusiasmarlos y hacerles comprender que la finalidad de su vocación era la santificación de las almas, no conforme con ejercitarlos en la catequesis de los niños de la escuela, los domingos y otros días los enviaba de dos en dos a los caseríos de la parroquia para evangelizar a la gente del campo. Llegados a la aldea señalada, los dos Hermanos reunían a niños y mayores en una granja u otro local adecuado. Comenzaban con una oración, cantaban algún canto y luego preguntaban el catecismo a los muchachos. A continuación desarrollaban las respuestas obtenidas, por medio de preguntas secundarias, claras y concisas, y terminaban con algunos principios de moral práctica y algunas alusiones históricas.

Como preparaban la instrucción con mucho interés, hablaban con sencillez y unción y acompañaban su apostolado con mucha oración y gran modestia, de todas partes venían a escucharlos. Y a menudo su auditorio comprendía la totalidad del vecindario de la aldea. El señor Champagnat acudía a los lugares donde los Hermanos estaban haciendo la catequesis para escucharlos y comprobar por sí mismo la forma de actuar.

Nunca comunicaba a los interesados que iba a ir a escucharlos, e incluso se las arreglaba para verlo y oírlo todo sin que los Hermanos lo advirtieran.

Luego, en el recreo de la noche, les hacía ver las faltas en que habían incurrido y rectificaba lo necesario para completar las explicaciones dadas sobre un tema determinado o sobre un punto doctrinal. Daba su aprobación, elogiaba los éxitos y terminaba siempre animándolos y ponderando la sublimidad de las tareas de catequista, el enorme bien que estaban llamados a realizar, si se imbuían del espíritu de su estado y desempeñaban con celo la misión que se les había encomendado.

* * *

Estas charlas producían en los Hermanos gran impresión, de modo que todos consideraban una suerte ser elegidos para ir a dar la catequesis a las aldeas. A pesar de sus insistencias, no siempre les era concedida esta gracia. Debían merecerla por su piedad constante, mucha humildad y conducta ejemplar. El buen Hermano Lorenzo pidió durante mucho tiempo el favor de ir a dar la catequesis a Bessac. Para conseguirlo, tuvo que dar numerosas pruebas de celo, abnegación y humildad, pues esta misión era ardua y difícil. Bessac, situado en lo alto de los montes de Pila, a dos leguas de Lavalla, se encuentra cubierto de nieve seis meses al año. Por entonces, el pueblo no tenía sacerdote. Niños y adultos se hallaban sumidos, en la más profunda ignorancia.

El Hermano Lorenzo llevaba consigo provisiones desde Lavalla y regresaba los jueves para convivir con los Hermanos y proveerse de lo necesario. Se alojaba en casa de un vecino de Bessac¹⁸ y se preparaba él mismo su comida, que consistía en una sopa, que hacía por la mañana para todo el día, patatas y queso. Dos veces al día recorría el pueblo con una campanilla para llamar a los chicos. Era tal la veneración que había suscitado por su virtud que todos se descubrían a su paso. Cuando ya los niños estaban reunidos, les enseñaba las oraciones, el catecismo y la lectura. Los domingos juntaba en la ermita a todos los vecinos del pueblo. Y allí, después de hacer la oración de la tarde, rezar el rosario y cantar un cántico, explicaba a los buenos aldeanos las verdades de la religión. Los instruía también sobre las condiciones necesarias para recibir provechosamente los sacramentos y les enseñaba a santificar el trabajo, los sufrimientos y la pobreza, ofreciéndoselos a Dios y aceptando sin quejarse su santa voluntad.

No es para describir la dicha que experimentaba catequizando a esta buena gente y consagrándose a la educación de los niños pobres e ignorantes. Júzguese por esta anécdota:

Un jueves, como de costumbre, vino a Lavalla a proveerse de alimentos y regresó a Bessac en compañía del señor Champagnat que tenía que ir a confesar a un enfermo que le quedaba de camino. Había dos o tres palmos de nieve y los caminos estaban cubiertos de hielo. El Hermano Lorenzo llevaba en un saco un pan grande, queso y patatas para alimentarse durante la semana. Aunque era fuerte, como los caminos estaban intransitables, sudaba con el peso que llevaba. El señor Champagnat, al verlo así, le dijo:

- Hermano, qué oficio tan duro el suyo.
- Perdona, Padre, no es duro, sino agradable.
- No veo qué gusto puede encontrar en subir estas montañas cada ocho días, pisando nieve y hielo, con ese peso al hombro y expuesto a caer en un precipicio.
- Tengo la seguridad de que Dios guía todos mis pasos y recompensará con inmensa gloria los trabajos y las fatigas soportados por su amor.
- De modo que está contento de catequizar y dar clase en ese pueblo difícil, llevando, como un pobre, su pan a cuestas.

- Tan contento, Padre, que no cambiaría mi empleo por nada del mundo.
- Ya veo que estima mucho su trabajo. Pero, ¿cree que lo merece?
- No, desde luego. Estoy convencido de que no soy digno de ir a dar la catequesis a Bessac; es un privilegio que se me ha concedido por especial bondad de Dios.
- Qué cierto es cuanto dice. Pero no podrá por menos de admitir que hoy nos ha tocado un día pésimo
- No, Padre, es uno de los más bellos de mi vida.

Su rostro brillaba mientras decía estas palabras, y se le nublaron los ojos de lágrimas de felicidad. El señor Champagnat, emocionado y confortado ante tanta virtud, pudo, a duras penas, contener las suyas¹⁹.

¡Dichoso el Hermano de María que, siguiendo tan admirable ejemplo, anhele ser enviado a una escuelita pobre y considere como un favor verse al frente de una clase llena de niños indigentes, toscos e ignorantes, ame la vida oculta y trate de hacer el bien sin ruido! Ese tal poseerá realmente el espíritu de su estado, atraerá las bendiciones de Dios y será colmado de gracias y consuelos. Un Hermano así, será columna y gloria de su Instituto.

◆
¹ Los archivos de Lavalla, en diciembre de 1816, y aún el 27 de mayo de 1819, llaman maestro a un tal Juan Montmartin. Y el 10 de mayo de 1819 se autoriza a Juan Francisco Maisonneuve para enseñar en Lavalla (cfr. Registro de Estado Civil, ADL, t. 14). El párroco, señor Rebod, sale en defensa de un maestro que se quejaba de que la escuela de los Hermanos “le deja en la calle”. El Padre Champagnat, al pedir al párroco que compruebe si existe un solo alumno de los Hermanos que proceda de la escuela del maestro (OME, doc. 166 [7], página 439 y nota correspondiente), manifiesta que se ha cuidado mucho de no perjudicar a nadie. Respecto al personal docente de la época, véase LPC 1, páginas 14 y 15.

² Una carta, escrita sesenta años más tarde (17.11.1888) por dos señoras viudas (Jayet y Moulin), que en 1816 eran unas chiquillas, nos ofrece información sobre la primerísima escuela (en la aldehuela de Sardier, cerca del Salto del Gier), donde el Padre Champagnat había colocado al maestro llamado Maisonneuve, que posteriormente iba a ser el formador de los primeros Hermanos (FMS, 1973, n.º 6, pág. 86).

³ H. PAUL BOYAT, “Aspectos de la pedagogía de los Hermanos”, BI, vol. XXIX, págs.76-77. Y también P. ZIND, *Siguiendo las huellas del P. Champagnat*, volumen 2, págs. 76-77.

⁴ El maestro Maisonneuve no tenía título oficial (FMS. 1973, n.º 6, pág. 86) porque los Hermanos de las Escuelas Cristianas no lo necesitaban por entonces en Francia según la ley del 29 de febrero de 1816 (LPC 1, art. 36, pág. 21).

⁵ Véase anteriormente la nota 3.

⁶ Ya desde los comienzos, los Hermanos no se limitan a la catequesis, sino que también dan clase. Las aldeas elegidas están muy cercanas.

⁷ Según la disposición del 29 de febrero de 1816, que estipula en el n.º 14: “Todo municipio está obligado a proveer de enseñanza primaria a los niños que en él viven y a que los pobres la reciban gratuitamente” (LPC 1, art. 14. página 21). En razón también del compromiso tomado por los primeros Hermanos: “En segundo lugar, nos comprometemos a enseñar gratuitamente a los pobres que nos presente el señor párroco del lugar” (OME, doc. 52, pág. 138).

⁸ Cuando hay dos clases, se dividen, normalmente, en la de “lectores”, en la que se enseña lectura, y la de “los que escriben”, en la que se imparte escritura, cálculo, y, progresivamente, otras materias. Se las denomina también “clase elemental” y “clase superior”, respectivamente (cfr. SMC, vol. 2, pág. 77).

⁹ El documento del Padre Bourdin alude a las críticas dirigidas contra el Padre Champagnat por sus colectas en favor de los huérfanos (cfr. OME, doc. 166 [17], pág. 445 y FMS, n.º 36).

¹⁰ La estadística de 1824, primera oficial de los Hermanos Maristas, asigna 80 alumnos a Lavalla (cfr. P. ZIND, BI, n.º 162, pág. 161).

¹¹ Lo que no supone que fuera “el director, sino tan sólo su animador y director espiritual” (MEM, págs. 18-19).

¹² “Se conformó con una habitación estrecha, baja, poco higiénica y con escasos muebles. Se hallaba contigua a la cocina” (AA, pág. 41).

¹³ “El régimen habitual del Padre Champagnat era más o menos el de la comunidad. Sólo por deferencia, su mesa se hallaba separada en el refectorio” (MEM, pág. 21).

¹⁴ Jn 10, 4.

¹⁵ Ello indica que vino a vivir con los Hermanos en 1818, ya que en febrero de 1822, fecha del ingreso del Hermano Estanislao, llevaba ya cuatro años con ellos (LPC 2, pág. 473).

¹⁶ LPC 2, pág. 473 y AA, pág. 47.

¹⁷ Observamos la misma actitud en el Padre Colin. Véase: “Charlas espirituales”, doc. 99 [8].

¹⁸ AA, pág. 45. El H. Avit emplea la ortografía actual: Le Bessat.

¹⁹ Al término de su vida, el Hermano Lorenzo suplica al Hermano Francisco que le permita ir a “dar la catequesis de pueblo en pueblo viviendo de limosna” (CSG II pág. 71).

CAPÍTULO VIII

Fundación de las escuelas de Marlhès y Saint-Sauveur. Admirable conducta del Hermano Luis.
Fundación de las escuelas de Tarentaise y Bourg-Argental

La escuela de Lavalla seguía prosperando. Los buenos modales de los niños, su progreso, piedad y el afecto que manifestaban a los profesores, atrajeron la atención de la gente hacia los Hermanos y les dieron a conocer en las parroquias del contorno.

Algunos párrocos, deseosos de proporcionar a sus feligreses tan buenos maestros, se los pidieron al señor Champagnat. El párroco de Marlhès, señor Alliot, se creía con derecho a ser atendido antes que nadie. Como algunos Hermanos se hallaban aceptablemente formados, el señor Champagnat consideró que podría acceder a los deseos de su párroco y le prometió dos Hermanos¹.

Las primeras escuelas, como la casa madre, tuvieron la pobreza por cimiento. Para alojar a los Hermanos, el señor cura de Marlhès compró una casita² insalubre que rezumaba humedad por todas partes. El Hermano Luis fue nombrado director de la escuela, que se abrió en el transcurso de 1819³.

A su llegada a Marlhès, como los Hermanos no hallaron ni mobiliario ni provisiones en la casa que les habían asignado, tuvieron que albergarse en la casa parroquial durante unos días. Allí fueron observados muy de cerca. Los veían buenos, piadosos y modestos, pero también demasiado ingenuos y con poca instrucción. Hallándose en la habitación con su compañero, el Hermano Luis oyó que el coadjutor, y sobrino del párroco, decía a su tío:

- Nada bueno podemos esperar de estos dos jovencitos. No tienen instrucción ni experiencia para dirigir una escuela. Son dos niños⁴; ¿cómo van a dominar y formar a otros niños? Me temo que pronto nos vamos a arrepentir de haberlos llamado.

- Efectivamente, contestó el cura. Ambos son muy jóvenes y su formación deja mucho que desear. Es muy dudoso que puedan acertar.

“¿Se da cuenta de lo que están diciendo de nosotros?, dijo el Hermano Luis a su compañero. Vámonos de esta casa donde se nos juzga tan severamente. Antes de seguir aquí, es preferible vivir en nuestra casa, aunque no tenga más que cuatro paredes y aunque nos veamos obligados a alimentarnos sólo de pan. Abramos la escuela, pongámonos a trabajar y demostrémosles que somos capaces de desempeñar el empleo que nos ha confiado nuestro superior.”

Al día siguiente abrieron la escuela, se aplicaron de modo especial a organizar a los niños, a tenerlos silenciosos, infundirles hábitos de orden y limpieza y a formarlos en la piedad y los buenos modales; a implantar en las clases la emulación y todo lo que exteriormente denota que una escuela está bien dirigida. Apenas había transcurrido un mes y ya los niños habían cambiado. Parecía que la piedad, el recato y la modestia de los jóvenes maestros había contagiado a sus alumnos. Los padres, las autoridades y el público en general⁵ estaban encantados de su docilidad, cortesía, amor al estudio y de su afecto a los profesores. No se cansaban de verlos pasar por las calles y volver a sus aldeas, de dos en dos, en perfecto orden y silencio. Todos se hacían lenguas de su trabajo. Párroco y coadjutor se quedaron agradablemente sorprendidos y comprendieron que habían juzgado con ligereza a los Hermanos. Por lo demás, es justo reconocer que fueron los primeros en alegrarse y celebrar sus aciertos, elogiar su comportamiento y secundar sus esfuerzos ante los niños y los padres para afianzar tan felices comienzos.

El Hermano Luis, lleno del espíritu de su santo estado y convencido de la excelencia de la misión que le habían encomendado, no daba la clase como cualquier maestro de

escuela, sino como religioso y apóstol. No descuidaba la instrucción primaria, ciertamente, ya que sabía muy bien que era su obligación y un medio para atraer a los niños y ganarlos para Dios. Pero su objetivo y ambición no consistían en hacer sabios, sino ante todo en conseguir buenos cristianos. Decía a menudo a su compañero: “Hermano, tenemos en nuestras clases cien⁶ niños. Son otras tantas almas cuya inocencia nos está confiada y cuya salvación depende en gran parte de nosotros. Estos niños van a ser el resto de su vida lo que hagamos de ellos con nuestra educación; su conducta futura está en nuestras manos. Si les inculcamos buenos principios y los formamos en la virtud, serán buenos cristianos y toda su vida será una cadena de acciones virtuosas. Si, por el contrario, descuidamos su educación religiosa, si nos contentamos con instruirlos en las ciencias profanas, la mayoría serán malos cristianos, es decir, hombres llenos de vicios y desprovistos de virtudes.

De ese modo, según desempeñemos nuestro oficio, seremos para estos niños causa decisiva de salvación o de perdición. De nosotros podrá decirse con seguridad lo que Simeón decía del santo Niño Jesús: *están puestos para salvación o para ruina de muchos*⁷; para salvación de los que cuidemos, eduquemos e instruyamos cristianamente; para ruina de los que dejemos en la ignorancia de nuestra santa religión y no nos esforcemos por corregir sus defectos. Los padres nos envían a sus hijos para que les enseñemos a leer y escribir. Pero Dios nos los confía para que les enseñemos a conocer a Jesucristo, merecer el cielo y los formemos en la piedad y la virtud. Ésa es nuestra misión; sin olvidar lo demás, esmerémonos sobre todo en cumplirla.”

Con miras tan certeras y principios tan religiosos, el Hermano Luis no podía por menos de educar bien a los niños. Su clase era una auténtica escuela de virtud. Las prácticas religiosas se hacían con admirable piedad y fervor. El catecismo ocupaba siempre el puesto de honor y los niños, cualquiera que fuese su edad lo aprendían y recitaban dos veces al día. El Hermano Luis ponía tal empeño en las explicaciones que los niños lo seguían con profunda atención, y eran precisamente las instrucciones religiosas lo que más les atraía y aficionaba a la escuela. Por la noche, cada alumno repetía en su casa lo que el Hermano les había enseñado, los ejemplos que les había contado y las prácticas de virtud que les había recomendado; de modo que sus instrucciones aprovechaban tanto a los padres como a sus hijos.

El Hermano Luis profesaba gran devoción a la Santísima Virgen; por eso la nombró superiora de la casa, considerándose él como su mayordomo. Su interés por inspirar la devoción a esta divina Madre y hacerla amar de los niños era incansable. Semanalmente daba una instrucción sobre este tema⁸, y hablaba sobre María con cualquier pretexto. Con semejante dirección, las clases no podían por menos de prosperar. A su llegada, los Hermanos hallaron a los muchachos sumidos en profunda ignorancia. Apenas había transcurrido un año y ya casi todos los niños sabían leer, escribir, calcular y, lo mejor de todo, sabían de memoria las cuatro partes del catecismo⁹ y eran consuelo de sus padres y ejemplo para la parroquia por su piedad y buen comportamiento.

* * *

El señor Colomb de Gaste¹⁰, alcalde de Saint-Sauveur-en-Rue, que pasaba los veranos con su familia en su casa de Coin¹¹, y los domingos acudía a oír misa a Marlies, tuvo oportunidad de ver a los Hermanos acompañando a los niños y quedó maravillado de la piedad de los maestros y de la modestia y buen comportamiento de los discípulos.

- ¿Quiénes son estos maestros?, preguntó al señor cura. Me han edificado profundamente. ¿De dónde los ha sacado usted?

- Son Hermanos, respondió el párroco, fundados por el señor Champagnat. Lo hacen bien, estamos satisfechos de ellos. La parroquia los estima y los chicos han cambiado por completo desde que están bajo su tutela.

Con estos informes, el señor Colomb¹² decidió en seguida proveer al municipio de Saint-Sauveur de la misma institución y cursó al señor Champagnat una solicitud pidiéndole dos Hermanos. La petición fue atendida y se fijó la fecha de todos los Santos, de 1820, para la apertura de la nueva escuela.

Los señores de Colomb, de Saint-Trivier¹³ y de la Rochette¹⁴ pagaron a escote los gastos de reparación de la casa, el modesto mobiliario y una módica renta anual para los Hermanos¹⁵. Fue nombrado director de esta escuela el Hermano Juan Francisco¹⁶, hombre entusiasta pero de poca instrucción, por lo que le dieron por compañero a un hermano joven, bien capacitado para poder dar la clase a los mayores.

La escuela de Saint-Sauveur¹⁷ obtuvo el mismo éxito que las de Lavalla y Marlhés. En esta última parroquia, los Hermanos se habían granjeado de tal manera la confianza y el aprecio de los padres que todos los vecinos querían confiarles a sus hijos. Se presentaron también muchos alumnos de las parroquias vecinas. Este éxito sin precedentes fue en parte la causa de su ruina. Como dijimos antes, la vivienda de los Hermanos era pequeña insalubre e irregular, las aulas no podían admitir tantos muchachos; faltaba espacio, luz y ventilación. En estas condiciones, la salud de los Hermanos corría serio peligro. El señor Champagnat pidió se reparase y ampliase convenientemente la casa. El señor cura estaba de acuerdo en que los Hermanos estaban mal alojados y que era imprescindible mejorar su vivienda. Pero por falta de recursos, o más bien por creerse ofendido por el traslado del Hermano Luis¹⁸, realizado contra su parecer y a pesar de sus reclamaciones, no se apresuró a satisfacer la petición del señor Champagnat.

En los comienzos, aunque la gente estuviera satisfecha de los Hermanos, diera testimonio de sus éxitos, admirase su comportamiento personal y aprobase su método de enseñanza y modo de educar a los niños, no confiaba demasiado en el futuro de su obra ni daba crédito a la congregación. Al contrario, se la consideraba como una novedad, como un edificio sin base ni cimientos y que se vendría abajo en el momento menos pensado o que sería arrebatada por los vientos de la tribulación¹⁹. Se atribuía el éxito de las escuelas no al espíritu de la congregación y las gracias de estado, sino al mérito personal del director de la escuela²⁰ y a su talento. Por eso, al producirse un cambio, creían que todo se arruinaría y que la desaparición del Hermano llevaría consigo la de la escuela. El señor Alliot parecía ser el primero en creerlo así. De modo que mientras por un lado pedía Hermanos al señor Champagnat, por otro enviaba a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Lyon a los muchachos que le pedían consejo para hacerse religiosos. Pues pensaba que encaminándolos o, simplemente, permitiéndoles ir a los Hermanitos de María cometía una imprudencia y ponía en peligro los intereses, la vocación y el porvenir de esos postulantes.

Lo peor era que no se recataba de expresar estos sentimientos ante los mismo Hermanos. “No piense, decía al Hermano Luis, que su comunidad vaya a perdurar. Para ello habría que construir sobre roca, y su congregación está edificada sobre arena²¹. Hay que contar con recursos de los que ustedes no disponen ni dispondrán jamás.” “La roca que debe servir de base a una congregación, le respondió el Hermano Luis con suma tranquilidad, es la pobreza y la contradicción. Y, gracias a Dios, ambas cosas las tenemos en abundancia, por lo que estoy convencido de que construimos sólidamente y de que Dios nos ha de bendecir.”

- Usted hace el bien aquí, le dijo un día. ¿Por qué tiene que marcharse?
- Me voy porque la obediencia me lo pide, señor cura.
- Pero, ¿no se da cuenta de que arruina su escuela al marcharse?
- No lo creo; pues el que me va a sustituir lo hará mejor que yo.
- No es posible.
- No sólo es posible, es segurísimo, pues está mucho mejor preparado y es más piadoso que yo.

- Aquí lo apreciamos; tiene éxito. Quédese con nosotros. Yo le protegeré; respondo de su porvenir.

- De ninguna manera, señor cura.

- Está equivocado.

- Debo cumplir con mi obligación. Mi superior lo manda y debo obedecer.

- Su superior es un hombre sin experiencia, sin capacidad ni dotes intelectuales. Lo demuestra el hecho de llevárselo de aquí, a pesar de mis indicaciones. Ya lo conozco hace mucho.

- No es ésa la idea que tienen en Lavalla acerca del señor Champagnat. Todos lo consideran sabio y bueno. Y nosotros, los Hermanos, lo tenemos por santo.

El párroco se dio por vencido y no insistió. Y el Hermano Luis se marchó no sin antes haber pedido y obtenido su bendición.

El comportamiento del Hermano es admirable y manifiesta las grandes cualidades que formaban su carácter. Humilde y modesto, considera a los demás Hermanos superiores a él, más virtuosos y preparados. Dócil como un niño, la obediencia le es tan natural, le parece tan necesaria al religioso que la considera simplemente como su deber. "Mi superior manda, yo debo obedecer." No dice: tengo que analizar la orden, tengo que ponerle mis objeciones, debo hacerle conocer la actitud del señor párroco y lo mal que le sienta mi traslado; sino, sencillamente: "debo obedecer". Manifiesta un respeto y una veneración incomparables por un superior cuya orden suscita tantas dificultades y al que oye censurar y denigrar. Inconmovible en su vocación como una roca, lo dejan tan indiferente las ventajas temporales que le parece inútil decir que las desprecia, y ni hace alusión a ellas. ¡Ojalá todos los miembros del Instituto tengan presente este ejemplo de uno de sus mayores y se muestren dignos Hermanos suyos si llegaran a verse en parecida situación!

La primera recompensa que Dios concedió al Hermano Luis por su noble postura fue tal vez lo que más deseaba: la prosperidad de la escuela que tantos desvelos y sacrificios le había ocasionado. Su sucesor obtuvo, efectivamente, éxito total y mereció el afecto de los niños, la confianza de los padres el aprecio del señor cura.

Sin embargo, la casa se hallaba en tan lamentable estado que ya no podían permanecer en ella sin peligro. Cuando el señor Champagnat fue a visitar a sus Hermanos, se quedó tan conmovido al ver su difícil situación que determinó llevárselos. Fue a ver al señor párroco, que le recibió fríamente y le dijo:

- Me llevo a los Hermanos.

- Bueno, pero nos enviará otros, le respondió el señor Alliot.

- No, porque no puedo exigir a nadie semejante sacrificio. Su casa está en tan malas condiciones que en conciencia no puedo permitir que se alberguen en ella los Hermanos ni los niños.

Unos días después, los Hermanos volvieron a Lavalla, y la escuela se abandonó. Más que de cierre habría que hablar de interrupción, pues se abrió de nuevo en 1833, cuando regía la parroquia el nuevo párroco, señor Duplaix²².

* * *

Por el mismo tiempo se fundó también la escuela de Tarentaise. El Hermano Lorenzo fue su responsable. Estaba solo y por aula tenía un granero²³. Allí, aunque faltaran casi todos los muebles, al menos tenían aire y espacio. El Hermano Lorenzo no disponía de alojamiento especial. Dormía en la misma habitación que los alumnos del señor cura, se preparaba él mismo su comida en la casa parroquial, como había hecho en Bessac, y comía lo mismo que ellos.

La atención a las clases de Tarentaise no le hicieron dejar la catequesis de Bessac. Se trasladaba allá todos los domingos y jueves, recorría el pueblo tocando su campanilla para llamar a los niños, entraba en las casas para invitar a los más pequeños y a los mayores menos instruidos. Los reunía a todos en la ermita y los ocupaba a veces durante varias horas, ya en la oración, ya explicándoles las verdades de la fe cristiana. Tenía un don especial para dar a entender, apreciar y amar las verdades de la religión, para cautivar la atención y el interés de los niños y aficionarlos a la catequesis. Lo realmente admirable es que los mayores lo escuchaban también con gran atención y recibían de sus labios la palabra de Dios como si la recibieran de su mismo párroco.

El éxito de la escuela de Saint-Sauveur fue conocido en Bourg-Argental, distante tan sólo unos kilómetros. El señor de Pleyné²⁴, alcalde de este municipio, preguntó al señor Colomb dónde había encontrado aquellos maestros a quienes el público no cesaba de encomiar. El señor Colomb, que conocía como nadie el bien que los Hermanos estaban realizando y que los estimaba mucho, igual que a su Fundador, le explicó quiénes eran, cuál era su finalidad, su modo de vida y las condiciones necesarias para traerlos a la parroquia²⁵. El señor de Pleyné, que desde hacía tiempo venía acariciando la idea de fundar una escuela de Hermanos en su parroquia, y cuyo proyecto no se había realizado por falta de recursos económicos, quedó encantado al ver que las módicas condiciones exigidas por la congregación de los Hermanitos de María le permitirían realizar su proyecto. Escribió sin dilación al señor Champagnat para pedirle tres Hermanos, que le fueron concedidos. El señor de Pleyné puso tanta diligencia en acondicionar el alojamiento y el mobiliario de los Hermanos que, al cabo de unas semanas, todo estaba a punto.

Al enviar a los Hermanos a Bourg-Argental²⁶, M. Champagnat les hizo las siguientes recomendaciones:

“Queridos Hermanos, les dijo, el fin que nos propusimos al juntarnos para fundar esta nueva sociedad fue dar instrucción y educación cristianas a los niños de las parroquias rurales más pequeñas. Pero ya veis que también las poblaciones importantes nos piden el mismo favor. Tenemos, sin duda, la obligación de no rehusar este servicio, pues la caridad de Jesucristo, que ha de ser norma de la nuestra, alcanza a todos los hombres, y también los niños de las ciudades le costaron su sangre. Sin embargo, quiero haceros dos observaciones. La primera es que no hemos de olvidar nunca que hemos sido creados primordialmente para las parroquias rurales y que las escuelas de dichas parroquias deben contar con nuestra predilección. Y la segunda, que la enseñanza religiosa en las parroquias de mayor población y en las ciudades debe ser más intensa, ya que en ellas las necesidades espirituales son mayores y la instrucción primaria es mayor. Estas escuelas, mucho más que en otras partes, la catequesis y las prácticas religiosas deben ocupar el primer puesto. Y es deber de los Hermanos poner tanto mayor cuidado en la educación cristiana de estos niños cuanto que están más abandonados y sus padres se preocupan menos de ellos.

Id, queridos Hermanos, id confiados a cultivar la parcela que la divina Providencia os encarga que roturéis. Si la empresa os parece ardua, recordad que es Dios quien os la confía y que su ayuda no os va a faltar, si le sois fieles. Las autoridades que os han llamado, y los padres, que os aguardan impacientes para confiaros a sus hijos, esperan que deis a los niños sólida instrucción primaria. La Iglesia, que os envía, tiene designios más elevados y os pide que enseñéis a conocer, amar y servir al Padre de los cielos, que hagáis de los niños buenos cristianos y que vuestra escuela sea un semillero de santos. La Iglesia os envía para combatir el reino del pecado y establecer el de la virtud, conservar la inocencia de los niños, prepararlos a la primera comunión, darles a conocer a Jesucristo y el amor inmenso que les tiene ese divino Salvador, inspirarles la devoción a María y conseguir que amen la ley de Dios. Ése es, queridos Hermanos, el aspecto más importante de vuestra labor y el fin de vuestra vocación.

Dios os bendecirá y dará prosperidad a la escuela en la medida de vuestro esfuerzo y del celo por alcanzar este ideal. En cuanto lleguéis a Bourg-Argental, id inmediatamente a la iglesia para adorar a Nuestro Señor, ofreceréis a él, encomendarle la obra que os ha sido confiada y pedirle que la bendiga. De la iglesia pasaréis a la casa parroquial para presentaros al señor cura, pedirle su bendición, rogarle que haga de padre con vosotros y prometerle que siempre seréis hijos suyos obedientes. Luego visitaréis al señor alcalde, que es vuestro bienhechor, poniéndoos a su disposición para iniciar las clases el día que le parezca conveniente.

En fin, queridos Hermanos, no olvidéis que la primera lección que debéis dar a los niños y demás fieles de la parroquia es el buen ejemplo. Sed para todos modelo de piedad y de virtud.”

Los Hermanos llegaron a Bourg-Argental a finales del año 1821 y abrieron la escuela el 2 de enero²⁷ de 1822. Pocos días después la escuela tenía doscientos alumnos. La dirección fue confiada al Hermano Juan María. El Hermano Luis²⁸ lo sustituyó en Lavalla. Podría pensarse que el Hermano Juan María, que era el primer Hermano del Instituto, tenía que haber permanecido al frente de la casa del noviciado. Pero el señor Champagnat, que no hallaba en él total docilidad, tenía motivos para alejarlo. El Hermano Juan María, como la mayoría de los que entran en religión en edad avanzada, tenía una virtud un tanto especial. Sus propios criterios, de los que no se había despojado totalmente, lo llevaban a exageraciones y a una perfección ilusoria.

Quería ser santo. Pero un santo de primera categoría, y a su manera. Más aún, exigía de los demás la misma perfección. El señor Champagnat se esforzó por hacerle ver el peligro de su comportamiento, pero consiguió muy poco. Al hallar mucha más docilidad y espíritu religioso en el Hermano Luis, creyó, con razón, que era más apto para dirigir la casa de noviciado e infundir el espíritu del Instituto a los Hermanos jóvenes.

◆
¹“El señor Alliot tomó posesión de la parroquia de Marlies en 1781. Él dio la primera comunión al piadoso Fundador, en 1800. Le pidió dos de los primeros Hermanos para su escuela, en 1818, que se retiraron en 1821. Murió en 1822” (AA, pág. 42). Acerca de Alliot, véase P. PIAT, Jean-Antoine Alliot, párroco de Marlies de 1781 a 1822.

²Que aún existe en la plaza del pueblo cuando se hace esta reedición.

³Las estadísticas indican que fue a finales de 1818 (AA, pág. 42).

⁴El Hermano Luis tenía entonces 16 años; el Hermano Antonio, 18 (AFM, 137.13).

⁵AA, pág. 43.

⁶Es, efectivamente, la cifra que da la primera estadística de 1824. (BI, número 162, pág. 161).

⁷Lc 2, 34.

⁸Todavía se mantiene esta práctica de dar la catequesis mariana a los alumnos en la actualidad (Constituciones y Estatutos, art. 84.1, 1986).

⁹Las cuatro partes son: Símbolo de los Apóstoles, Sacramentos, Decálogo y Oración dominical (cfr. ELIZABETH GERMAN, *Langages de la foi à travers l'histoire*. Fayard, París, 1972, pág. 44).

¹⁰Pedro Francisco de Colomb, escudero, señor de Hauteville y de Gaste (LPC 2, págs. 146-147 y OME, doc. 19, pág. 74). Aconsejó al Padre Champagnat que incluyese en la Regla un artículo que prohibiera a los Hermanos comer en casa del señor cura y de los seglares (AA, pág. 44).

¹¹Pedro Francisco de Colomb, escudero, señor de Hauteville y de Gaste (LPC 2, págs. 146-147 y OME, doc. 19, pág. 74). Aconsejó al Padre Champagnat que incluyese en la Regla un artículo que prohibiera a los Hermanos comer en casa del señor cura y de los seglares (AA, pág. 44).

¹²Las familias de Colomb y Champagnat sin duda se conocían, aunque sólo fuera por la actividad política de Juan Batista Champagnat durante el Terror (LPC 2, pág. 146).

¹³El cardenal Donnet puntualizó que el señor de Trivier no tenía nada que ver en la fundación de la escuela de Saint-Sauveur, pero que hizo mucho por la de Bourg-Argental (CSG III, pág. 544).

¹⁴Probablemente, claudio Víctor de la Rochette, caballero, señor de Bonneville.

¹⁵El informe del inspector Guillard nos da a conocer la cantidad mínima exigida: 150 francos anuales por dos Hermanos. Además, la módica cuota de 0,50 fr.; 0,75 fr.; o 1 fr. a los alumnos que pueden pagar (OME, doc. 19, pág. 74).

¹⁶ Esteban Roumesy, que luego abandonó el Instituto (LPC 2, pág. 288).

¹⁷ LPC 2, pág. 620.

¹⁸ La escuela fue cerrada. El Hermano Luis sustituyó en Lavalla al Hermano Juan María, y éste fue nombrado director de la escuela de Bourg-Argental (LPC 2, pág. 590 y ss.). Para fechar los acontecimientos de estos años, véase al final del capítulo.

¹⁹ Mt 7, 27.

²⁰ El señor Alliot confía sólo en una persona concreta que conoce bien, como es el Hermano Luis; pero no en una congregación que empieza a ser criticada (BI, enero de 1955, pág. 158 y OME, doc. 19, Cantón de Saint-Chamond, 26 de abril, págs. 75-76).

²¹ Mt 7, 26.

²² Claudio Duplay, hermano mayor de Juan Luis, compañero de seminario de Marcelino y luego superior del seminario mayor (LPC 2, pág. 208 y ss.)

²³ Se encarga de la clase de los principiantes y el párroco, o su coadjutor, de los latinistas, algunos de los cuales son internos. El Hermano Lorenzo es al mismo tiempo prefecto de éstos últimos (LPC 2, pág. 316 y AA, pág. 45).

²⁴ El señor Devaux de Pleyné, LPC 2, pág. 175.

²⁵ Notas del inspector de la Academia Guillard acerca de la visita al cantón de Boug-Argental, en la primavera de 1822 (OME, doc. 19, págs. 72-73).

²⁶ La supremacía de Bourg-Argental no se debe al número de habitantes, inferior a 2000, cuando Lavalla y Marlies contaban ambos con unos 2500. Su importancia estriba en el papel político que venía desempeñando desde la Edad Media. Durante la Revolución fue uno de los bailiazgos en que se reunían los diputados del primer nivel de los Estados Generales.

²⁷ Tenemos información sobre esta escuela y sobre el Hermano Juan María por el informe del inspector Guillard (BI, n.º 157, pág. 455 y ss. y OME, documento 19, págs. 72-73).

²⁸ LPC 2, pág. 339.

Intento de fechar los acontecimientos de estos años.- El Hermano Juan Bautista, llegado a Lavalla en marzo de 1822, probablemente debió de ser destinado a Bourg-Argental por Todos los Santos del mismo año, ya que en febrero de 1823 se encuentra enfermo ("Acordaos" en la nieve, AA, pág. 50). Acompaña, pues, al Hermano Juan María que inauguró la escuela el 2 de enero de 1822 (AA, pág. 45).

En cuanto a la clausura de la escuela de Marlies, el Hermano Avit, en los *Anales de Marlies*, habla de 1822, y en *Abrégé des Annales*, dice, con motivo de la reapertura, en 1832, "la escuela que habíamos dejado hacía once años". Si 1822 fuera válida como fecha del cierre, sería, sin duda, en los primeros días del año. El Hermano Luis dejaría Marlies en la fiesta de Todos los Santos de 1820 para hacerse cargo del noviciado de Lavalla. Y la conversación con el párroco de Tarentaise, señor Préher, que le habla con admiración del Hermanito Francisco, nombrado cocinero de Marlies, habría que situarla en 1821. El Hermano Juan María habría permanecido en Lavalla sin responsabilidad directa sobre los novicios, que, por cierto, son muy escasos entre 1820 y 1822. El Hermano Lorenzo sustituiría en Marlies al Hermano Luis, pero la disciplina de la escuela se resentiría a causa de la excesiva bondad del Hermano, como lo insinúa el Hermano Avit en los *Anales de Marlies*. Se añadía al mal estado del edificio una razón más para cerrar la escuela. Como fue el Hermano Lorenzo quien la cerró, tuvo que ser en la fiesta de Todos los Santos de 1821, y no de 1822; pues según el Hermano Avit, el Hermano Lorenzo abre Tarentaise en noviembre de 1821 (AA, pág. 45). Si mantenemos los primeros días de 1822 como fecha de clausura de Marlies, tendríamos que admitir que el Hermano Juan María se hallaría en Tarentaise por Todos los Santos de 1821 y luego pasaría a Bourg-Argental el 2 de febrero de 1822.